

Londres estaba sofocada por la niebla, y esperaba que mi tren se demorara tediosamente antes de escapar al aire libre. Estaba oprimido por la carga de la oscuridad y la miseria del recinto. Todo este invierno he anhelado ver horizontes, el salto de espacios despejados y la profundidad de un cielo abierto. Pero aunque mi anticipación por esa demora demostró ser equivocada, mis anhelos de liberación seguían insatisfechos. La gran llanura de las Midlands estaba amortiguada por una espesa niebla blanca. Miré desesperadamente, pero fue como si tratara de mirar por una ventana de vidrio esmerilado.

Cuando bajé del expreso en Barnwell Junction, un portero me dirigió a la plataforma número 5 para tomar mi tren de línea a Felthorpe. Llegamos un poco tarde, y me sentí apurado, impaciente y deprimido. Probablemente tomé el tren desde el número 3. El error no habría sido irreparable, en lo que respecta a la excursión de mi día, si no me hubiera ido a dormir. Pero me había despertado temprano, y mis ojos estaban tensos y cansados por el esfuerzo desesperado de buscar en esa niebla persistente y quieta. Desperté con una rápida sensación de consternación cuando el tren se detuvo en una estación.

Bajé la ventana, pero no pude distinguir nada familiar en las tenues masas grises que se alzaban como espectros a través del frío y la niebla. Abrí la puerta y me quedé vacilante, con miedo de salir, con miedo de seguir. Y entonces escuché pasos, y el sonido de una tos triste que se alzaba invisible hacia mí. La figura del guarda apareció de repente.

—¿Qué estación es esta? —le pregunté.

—Burden —dijo.

—¿Estamos lejos de Felthorpe? —dije, consciente, incluso entonces, de que estaba perdido.

Se acercó aún más y me miró con una expresión alegre en el rostro.

—Está usted en la línea equivocada —dijo, regodeándose en mi desconcierto. Pequeñas gotas de humedad brillaban como la leche en la negrura de su barba—. Tendrá que volver a Barnwell —dijo con cierto deleite.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar? —pregunté.

Él miro su reloj.

—Cincuenta minutos —dijo, e inmediatamente apagó mi leve alivio agregando—: O debería. Pero es muy probable que no sea puntual hoy. Llegamos más de una hora tarde.

De mala gana soltó un fuerte chillido en su silbato y, gritando con voz ronca, cerró la puerta de mi compartimento vacío.

Retrocedí y vi la línea borrosa de carruajes deslizarse hacia lo desconocido. Luego me volví y miré el tablero sobre mí.

—Burden —murmuré—. ¿Dónde, en nombre de Dios, está Burden?

Encontré algo indescriptiblemente triste en el sonido de ese nombre*.

Me sentí solo y lastimoso. Hacía mucho frío y la niebla era más espesa que nunca.

II

No pude escuchar a nadie. No podría haber ni portero ni jefe de estación aquí. Evidentemente, esta estación no era más que un alto en lo que descubrí era solo una línea secundaria. Estaba solo en la terrible quietud. El mundo había dejado de existir para mí. Y luego tropecé con la pequeña caja de una sala de espera, y en ella había un hombre que se agachó sobre un fuego ardiente. Cuando entré, él miró rápidamente por encima del hombro con el tenso estado de alerta de alguien que teme una emboscada. Pero cuando me vio, su expresión cambió instantáneamente al alivio y a algo parecido al interés.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó con una sonrisa débil.

Estaba agradecido por cualquier compañía, y le conté la historia de mis amargas aflicciones.

—¡Ah! No sabes lo afortunado que eres —fue el único comentario de mi compañero.

Apenas le presté atención.

—Tendré que renunciar a la idea de llegar a Felthorpe hoy —continué, buscando algún consuelo para mi miseria—. Si solo pudiera volver a la ciudad...

—Eso no es nada —agregó con un suspiro triste—. Nada, nada en absoluto.

—Y este tren infernal de regreso a Barnwell probablemente llegará horas tarde

—continué.

Él sonrió débilmente y se frotó las manos mirando fijamente el corazón apagado del fuego.

—Me suena raro escuchar esta vieja conversación de nuevo —dijo pensativo—. Casi había llegado a creer que todo el mundo había cambiado, que era imposible que la vida fuera igual que siempre. Pero por supuesto que lo es... —suspiró inmensamente y sacudió la cabeza—. Por supuesto que lo es —repitió.

Algo en su actitud y en el tono de su voz comenzaron a perforar mi obstinada preocupación por el desastre de la excursión de mi día. Tenía la curiosa sensación de tocar una terrible realidad de la cual mis pequeños problemas no eran más que una irritación momentánea. Lo miré con una nueva curiosidad, y noté por primera vez que su cara estaba pellizcada y gastada, y que en el otro lado de su silla había un par de muletas ásperas.

—¿Usted también espera mi tren? —Le pregunté. Sentí un nuevo deseo de ayudarlo.

Sacudió la cabeza.

—¡Oh, no! Solo vine aquí para descansar un poco —dijo—. Tendré que regresar pronto en cuanto sea lo suficientemente fuerte. Encontrarán algo que yo pueda hacer —Me miró con su lamentable sonrisa y continuó—: Pero, por supuesto, no lo entiendes. Probablemente nunca hayas oído hablar de nuestros problemas en Burden allá afuera.

Seguí la indicación de su asentimiento, y no pude ver nada más que el pálido mar de niebla presionando contra la ventana sucia.

—¿Cuál es el problema en Burden? —le pregunté.

Me miró con una expresión que no pude interpretar.

—Vives en otro mundo —dijo—. Será mejor que te mantengas alejado del mío, no es un buen lugar para vivir.

Me reí, como el tonto descuidado que era.

—¡Oh! Prometo mantenerme al margen —le dije—. Reza a Dios, nunca volveré aquí otra vez.

—Sí, reza a Dios —repitió, como si las palabras tuvieran alguna intención oculta.

Y luego comenzó de repente:

—Han pasado más de dos años desde que comenzó. Viven justo en el medio de la aldea, ya sabes. Les ha dado una ventaja de muchas maneras. Sospechábamos de ellos desde el principio, solo que no le dimos importancia. Viviendo al otro lado de la calle, pensamos que estábamos a salvo, supongo.

Estaba a punto de interrumpirlo con una pregunta, pero su rostro inesperadamente se volvió severo y duro.

—Verás, cortaron el jardín de Bates —dijo rápidamente—, y sacaron a Bates y su familia de su casa. Como dijo mi padre, no podíamos soportar eso. Si los Turtons iban a tener un encuentro con los Royce en el otro extremo de la aldea, podríamos haber estado a la espera y haber tenido un juego limpio. Los Royce son una gran familia, y son dueños de toda la tierra de ese lado...

Inferí que los Turtons fueron los agresores originales, pero él dio mucho de su relato por sentado. Y antes de que tuviera tiempo de interrogarlo, continuó en voz baja y melancólica:

—Pero su primer movimiento fue contra los francos a través del jardín de Bates, como he dicho. Y dos de los niños de Bates fueron asesinados y luego...

—¿Qué? —lo interrumpí bruscamente—. ¿Dos de sus hijos? ¿Asesinados, dijiste?

—Asesinados, prácticamente —dijo, y levantó la cabeza y soltó una risa extraña—. Pero casi lo olvidamos —continuó—. Por qué la mitad del pueblo ha sido asesinada o discapacitada desde entonces.

—¿Pero por qué no interfiere la policía? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Siempre hemos sido nuestra propia policía —explicó—. Pero hay un tipo en la próxima aldea que ha tratado de interferir, enviando mensajes a ambos lados. Sin embargo, ha mantenido a su familia fuera de esto hasta ahora.

Mi perplejidad se profundizó. El hombre parecía lo suficientemente cuerdo, y no podía creer que me estuviera engañando deliberadamente.

—Pero, honestamente, ¿quieres decirme —pregunté—, que las familias de tu aldea en realidad están luchando y matándose unas a otras?

—Supongo que te parece imposible —dijo—. Nos hemos acostumbrado, por supuesto. Y siempre hemos tenido problemas de este tipo, más o menos. No tan malos como

este, pero aun así, bastante malos. Mi padre recuerda...

—¿Pero continúan enfrentados todos los días? —insistí.

—Señor, sí —dijo—. Ahora se ha convertido en una especie de asedio. Los Turtons tienen algunas de las tierras de los Frank, y algunas de las de Royce; situadas bastante cerca de las parcelas pequeñas de los Bates, y uno o dos cabañeros en la parte posterior, así como un lote rudo. Los aldeanos siempre han estado peleando entre ellos casi todo el tiempo. Sin embargo, el punto ahora es que los Turtons se apegan a lo que tienen, y estamos tratando de quitárselos. Pero es un trabajo muy difícil, y todos estamos hartos de eso —Hizo una pausa, y luego repitió tristemente—: ¡Oh! Estoy harto de todo. Cansado hasta la muerte.

—¿Pero no pueden llegar a un acuerdo entre ustedes? —protesté.

—Bueno, los Turtons han ofrecido términos —dijo—. Creemos que podrían devolvernos la tierra de nuestros vecinos, etc., pero...

—¿Y bien? —pregunté.

—Bueno, no puedes confiar en ellos —explicó—. Son ladrones de tierras. No lo han logrado esta vez, porque los Royce y los Frank y nosotros y uno o dos más nos unimos en su contra. Pero si decimos que se rindan por esto, tendremos el mismo problema en uno o dos años. Solo que esta vez habrá escopetas; comprarán rifles.

—Bueno, también pueden comprar rifles —sugerí.

—¡Oh! ¿De qué sirve eso? —gritó con impaciencia—. Tenemos que labrar la tierra. Ahora tenemos que trabajar más duro que nunca. ¿Y cómo puedes trabajar con un rifle en la mano y mirar por encima del hombro cada minuto?

—Pero en ese caso... —comencé.

—¡Oh! Tenemos que vencerlos —dijo con firmeza, y lanzó una mirada de pesar a las muletas que había junto a su silla—. Tenemos que enseñarles una lección, e imponer nuestros propios términos. No será fácil, lo sé. Siempre han querido mandarnos a todos, y tienen la mira sobre mi padre, por obtener lo mejor de ellos sobre las asignaciones. Sin embargo, esa es una vieja historia.

—¿Pero, cómo? —pregunté.

—Estamos seguros de vencerlos a tiempo —dijo—, y luego podremos llegar a un acuerdo. Mi padre dice que no quiere estar amargado por eso. Él no es del tipo guardar rencor. Pero tenemos que hacer absolutamente lo imposible para que este

tipo de cosas no vuelva a suceder.

Por unos momentos nos quedamos en silencio. Afuera, la niebla parecía haberse levantado un poco. A través de la ventana pude ver la silueta de un árbol desnudo, demacrado, áspero y duro contra la blancura lechosa que ocultaba las espantosas distancias de Burden. Mi imaginación trató de perforar el sudario de vapor e imaginar el horror del odio y el asesinato más allá.

¿Estaba la niebla brillando con la horrible riqueza de la sangre? ¿Era posible que uno pudiera caminar a través del velo de nubes y tropezar de repente con algo que yacía oscuro y suave a través del camino, en una amplia piscina asombrosamente roja en este mundo perdido y blanco?

Y luego la visión saltó y desapareció.

Escuché el leve sonido de un silbato y el tamborileo remoto y el latido de un tren distante. Me puse de pie de un salto.

—Apenas una hora tarde, después de todo —dije.

Mi compañero no hizo caso. Tenía la mirada fija en el corazón muerto del fuego.

—¿Supongo que no puedo ayudar de ninguna manera? —tartamudeé incómodamente.

—Tienes suerte de estar fuera de esto. Solo mantente así —dijo—. Tienes que tomar tu tren.

Y, sin embargo, dudé, incluso cuando, con un fuerte chillido de ruedas impedidas, el tren entró en la pequeña estación. ¿Debía ayudar? Me pregunté débilmente. Pero cada uno de mis deseos me atrajo hacia el alivio que me devolvería al mundo que conocía.

III

¿Y ahora me pregunto si la historia de ese hombre puede haber sido cierta? ¿Es concebible que allá afuera, en la pequeña aldea desconocida, perdida para mí en un mundo de brumas blancas, los hombres estén luchando y matándose?

Seguramente no puede ser verdad.